

EL CATOLICISMO Y LA POLITICA MUNDIAL

Traducido y compendiado por José Pareja Paz Soldán

En Alemania: el Catolicismo y la ascención de Hitler.

Nunca el factor católico ha ejercido tanta influencia en el movimiento político del mundo, como en la actualidad. La constatación se impone por sí misma a nuestra consideración; pero puede resultar interesante agrupar los hechos que de ello resultan.

El país donde esto se realiza con mayor evidencia es Alemania. Frente al hitlerismo triunfante, todas las fuerzas políticas han cedido hasta desaparecer, oficialmente. Democracia social, partido comunista, centro católico han acatado la ley del vencedor. La sola fuerza que ha forzado al poder nazi a considerarla es la religión, es el cristianismo, y especialmente, el catolicismo.

El catolicismo alemán había contemplado no sin desconfianza los progresos del nacional-socialismo. Los obispos del Reich pusieron a sus diocesanos en guarda contra las tendencias espirituales del nuevo partido. Su clarividencia había discernido en él, un peligro para las doctrinas y libertades de la Iglesia católica. Sus prevenciones contra él fueron independientes de toda consideración política. Pero en el terreno meramente político su triunfo no les convenía, puesto que trabajaba con el centro, cuyo influjo les garantizaba el respeto de sus derechos. Y el centro estaba, como todos los partidos anteriores al nacional-socialismo, amenazado de ser suplantado por éste. En consecuencia, por motivos religiosos y razones

políticas, el episcopado alemán había, en la medida de sus medios, obstruído la marcha ascendente de los hitleristas.

Cuando Hitler fué llamado por el Mariscal Hindenburg a la Cancillería del Reich, los Obispos, sin retractarse completamente de sus censuras contra los principios del partido, levantaron sin embargo, la consigna que habían impartido, de evitar transar con ellos. Estas consignas, desde luego, habían sido ampliamente quebrantadas; de manera que el acto de retirarlas, sancionaba más que autorizaba, el impulso que condujo a una fuerte proporción de católicos alemanes a seguir el movimiento del cual Alemania esperaba su renovación nacional y social

El nuevo Canciller, plebiscitado en las elecciones generales en las que solicitó la investidura popular, tenía como tarea más urgente, la de suprimir todos los partidos políticos existentes a fin de que el monopolio del estado y de la nación por sus propios partidarios no entraña ninguna reserva, ninguna restricción. El centro estaba entre los partidos condenados a desaparecer para crear el Estado totalitario querido por los nazis; y el centro era, o por lo menos podía creerse, una pieza de resistencia dura de tragar. El gobierno hitleriano, cuyo Vicecanciller era Von Papen, católico notorio, tránsfuga del centro, pensó con razón, que facilitaría la tarea desvinculando a los católicos del engranaje político que los servía. Confiada en el propio porvenir de Alemania, la Iglesia Católica se resignó más fácilmente a la desaparición del centro, y éste, confiado a su vez, en el porvenir de la Iglesia, se inmoló, del mejor ánimo sobre el altar de la Patria o del tercer Reich. De esta táctica procede el ofrecimiento a la Iglesia Católica de un concordato con el Reich alemán.

La oferta fué admitida. La fortuna vino en auxilio la sugestión pasajera pero viva que inspiró un momento la personalidad de Hitler. El nuevo canciller estaba rodeado del prestigio de su victoria, que anunciaba favorablemente su sentido político; el desafío categórico que había lanzado contra el bolchevismo abogaba en su favor.

El hecho es que si el porvenir debía desmentir claramente

las ilusiones sobre este avance, el presente probaba sin embargo que Hitler hacía a los católicos alemanes el honor de contar con ellos. No les mercaba las concesiones. El concordato que les ofrecía merecía el epíteto de inhallable en el sentido de inesperado. Era, en la acepción simbólica de la palabra, un puente de oro que el Canciller invitaba a la Iglesia Católica a franquear para encontrarlo. Por engañosas que resultaran después las condiciones que fijara a los católicos de su país, constituyeron una especie de homenaje al poder moral que representaban aún privado del apoyo del centro.

Prontamente se manifestó que el centro se encontraba en descomposición. Sus tropas lo abandonaban, sus jefes renunciaban a defender sus posiciones. Mordía el polvo, a las voces de los vencedores. Su agonía y la impresión que produjo a los católicos alemanes intervinieron en mucho en la impaciencia de esta de ver aceptadas por la Sta. Sede, las proposiciones y condiciones del Concordato ofrecidas a Roma por M. von Papen. Desamparados frente a la inminente desaparición del partido político que les servía de protector presionaron al Vaticano para que la negociación del concordato no se demorase. El hecho es que fué expeditivo; su discusión, firma, ratificación se hicieron en un plazo récord. No tan rápido sin embargo, que la disolución oficial del centro en Alemania no precediese, en algunos días, la conclusión del concordato. Aquel ilustre partido político, otrora tan poderoso, no había sido capaz de prolongar su existencia virtual durante los pocos días necesarios para que el concordato se produjera antes que su muerte y se atenuara el peligro para la Iglesia.

Lo cierto es que en el verano de 1933, el centro desaparecía, y el concordato, concluido entre el Reich y la Santa Sede, regulaban las relaciones entre la Iglesia Católica con el Estado nacional-socialista pueden considerarse arregladas sus deferencias y los riesgos de disenso entre el catolicismo y el hitlerismo descartados.

Catolicismo e Hitlerismo después del Concordato

Así habría sido en efecto, si la manera como fué aplicado

el Concordato en Alemania satisficiera a los católicos y a la Santa Sede. Pero esa no fué esa la situación. Por engaño o con razón, los obispos alemanes y los fieles, el Nuncio en Berlín y el Vaticano consideraron que el gobierno hitlerista no cumplía sus compromisos. Entonces reingresó al juego, para la defensa de los derechos que la Iglesia consideraba violados por los social-nacionalistas, el factor católico que parecía ganado o por lo menos neutralizado por éstos.

¿Conflicto? Nó sino debate pero debate firme, a menudo vivo, en el interior entre la autoridades civiles del Reich y la jerarquía católica y en el exterior entre Berlín y el Vaticano. Los católicos alemanes no tenían la intención de "hacer oposición" al poder hitleriano y no la hacían. La Santa Sede no se proponía crearle dificultades y no se las creó. El debate estaba circunscrito al solo dominio religioso y ésto era lo que lo hacía interesante. El no ha versado sino sobre la de las cláusulas del Concordato, principalmente las relativas a la existencia y actividad de las asociaciones católicas. Se extendió luego a las cuestiones de fe y de moral cristianas, puestas en peligro por las teorías y práctica del nacional socialismo. La polémica ha sido al fin, emponzoñada por los excesos, las persecuciones, y aún ejecuciones, que han entristecido en alto grado, a los católicos y a sus jefes, pero a los que no han respondido con ninguna violencia. En todo esto, ningún pensamiento o intención política esbozaba el partido quejoso: tan sólo reivindicaciones de orden religioso, eclesiástico y moral que recortan la libertad de conciencia. Pero estas reivindicaciones las mantienen los católicos alemanes y el Vaticano, en posición de demandantes insatisfechos, frente al gobierno más autoritario que ha conocido Alemania.

El hecho es tanto más sorprendente que el centro, sacrificado por los católicos a la voluntad totalizante de los nazis, ha cesado de existir. Es pues sin la ayuda de ningún partido político, campeón titulado de los intereses confesionales, que el catolicismo alemán levanta cabeza ante el eminente poder hitleriano. El solo apoyo que no le suministran por sus propios adeptos nacionales, lo recibe de una autoridad espiritual: la

Santa Sede, centro de la Iglesia Universal. Sus argumentos los deduce de un concordato, contrato entre el Reich y el Vaticano y de los preceptos inmutables de la doctrina católica, de la moral cristiana y del derecho natural. Cuanto más las circunstancias han separado el elemento religioso del político, en la situación actual del catolicismo alemán, más se destaca y resalta que éste opone a las empresas del hitlerismo obstáculos tan resistentes como embarazosos.

Lo que advenga del presente disentiimiento con el Estado hitleriano—es poco probable que un acuerdo la apacigüe—hay que dejar constancia de su duración ya apreciable y de su acuidad y vivacidad sorprendentes bajo un régimen de fierro que ha apagado todas las protestas que no partan de la conciencia religiosa y sus repercusiones interiores que no dejan de inquietar a menudo, al poder civil y su eco exterior, finalmente, que daña indiscutiblemente la reputación del tercer Reich.

Hace un año, en cifras redondas, que persisten las dificultades. Un año no es, en sí mismo, un largo espacio de tiempo; es sin embargo, en comparación del instante que ha bastado al hitlerismo, dueño del poder, para paralizar y tornar mudos a los más revoltosos y ruidosos de sus concursantes políticos, agitadores sociales, conductores comunistas, arcontes del centro. Cualesquiera que sean, en fin de cuentas, la duración y el resultado de la resistencia católica, esta resistencia es la única que subsiste en su género; no se ha manifestado otra, después de la conquista del poder por los nazis, hasta días recientes en que una parte del protestantismo ha seguido su ejemplo.

Ella ha conocido, ciertamente, más violentas. La historia cita el nombre de las más famosas. Esta es tal sin embargo, que pese al cuidado que pone en evitar los extremos, es bastante enérgica en las circunstancias que se desarrolla para que se le pueda calificar de corajosa. Episcopado, clero inferior, fieles conducen su defensiva sagazmente, pero sin debilidad. En las órdenes a sus ovejas, en los sermones pronunciados desde lo alto de la silla, en las letras pastorales colectivas, cardenales, arzobispos y obispos afirman los principios de la doctrina y moral cristianas contra la ideología hitlerista y el neo-paganismo

y reivindican los derechos convencionales de la Iglesia Católica en materia de educación y asociación, contra la pretensión nacional-socialista de acapararlas todo y de prohibir las extrañas. Lo que hacen, lo realizan con peligro de su tranquilidad, de su seguridad, de su vida misma, puesto que la moderación que observan no basta para ponerlos al abrigo de tumultos, de insultos, de sevicias y aún de amenazas de muerte. Se ha visto situaciones muy tensas entre las autoridades eclesiásticas y los funcionarios administrativos o jefes del partido.

Así el cardenal-arzobispo ha escapado ajustadamente del arresto y los vidrios de las ventanas de su residencia, rotos por balas de revólver. Más de un cura ha conocido los campos de concentración. Tal obispo ha sido puesto en prevención por los periódicos y oradores nazis por un sermón que no les agradó. Interdicción de publicar determinada carta pastoral, redactada en asamblea del episcopado alemán y desconfianza para los sacerdotes que habiéndola recibido, quisieron leerla o difundirla entre sus parroquianos. No ha sido un oficio muy cómodo el de periodista o publicista católico; múltiples experiencias han enseñado a aquellos que lo ejercen que podían meditar en continuarlo; por otra parte, el capricho y el sectarismo han multiplicado las trabas de la prensa religiosa. Dirigir una asociación católica se ha transformado en una tarea peligrosa, aún absteniéndose de todo tono político. Cundo acaecieron las masacres del 30 de junio, alemanes, a los que no se podía reprochar sino su presencia en las filas o en la dirección de la acción católica, han pagado con su vida este inocente empleo de su actividad. Aún el Vice-Canciller Von Papen porque era el católico del ministerio ha visto cerca la muerte; dos de sus más próximos colaboradores fueron muertos en la pieza vecina de su gabinete; eran los que lo habían acompañado a Roma para la firma del Concordato. Pero a pesar del peligro, las conciencias católicas no han capitulado.

Por su lado, la Santa Sede, evitando los extremos, se ha mantenido firme. En sus negociaciones con el Reich sobre la aplicación del Concordato (negociación cinco o seis veces suspendida y reiniciada) no ha roto ni cedido. No ha titubeado

en la condenación expresa y formal de un libro de M. Rosenberg, "El Mito del siglo veinte", puesto en el Index. El Papa ha pronunciado alocuciones en las que expresaba la tristeza por la situación religiosa de Alemania. La ley alemana sobre esterilización ha sido explícitamente señalada como contraria a los principios de la Iglesia. El periódico del Vaticano, "l'Osservatore Romano" no ha cesado de noticiar severamente, los excesos o divagaciones del social-nacionalismo, en materia de racismo y de mitología pagana. Después de las masacres del 30 de junio, no han aparecido artículos más duros sobre Alemania que los de aquel periódico sobre la muerte de los católicos alemanes; uno sobre todo, en el que las circunstancias de la muerte han sido referidas con precisión, más severa en su sobriedad que cualquier comentario.

El catolicismo, único intérprete en Alemania de los derechos de la consciencia humana y de la libertad individual contra el absolutismo de los nazis, ha comenzado a ser también el solo fermento de resistencia contra la sumisión general de la nación bajo la disciplina espiritual de los dominadores. Los católicos fueron, hasta el día en que una parte de los protestantes reaccionaron a su vez, el sólo elemento de la colectividad alemana que tuvo una resonancia propia, frecuentemente discordante con tono dado a la multitud por el jefe de la orquesta nacional, vibraciones particulares, a menudo divergentes de aquellas que el Führer imprimía a la masa. Por eso, ejerce una relativa influencia sobre los elementos no católicos, en los que subsiste en estado latente, los vestigios del espíritu de independencia y el sentimiento de la libertad. Su ejemplo ha influido sobre las fracciones del protestantismo que se han sentido estimuladas por esa actitud, al expresar, a su turno, una firme resistencia al caporalismo religioso de los hitleristas.

Su repercusión externa es una de las consecuencias más interesantes de la política religiosa del Tercer Reich. Muchos de nuestros contemporáneos consideran a nuestro mundo moderno hastiado de emociones morales, indiferente a las querellas que causa la Iglesia, escéptico en materia de religión. Numerosos son los que no lo creen capaces de reaccionar sino por

los intereses materiales y políticos en juego. Que error! Los acontecimientos de Alemania demuestran lo contrario. La mayoría de los países no reaccionaron sino lenta y débilmente cuando vieron a Alemania faltar a sus compromisos contractuales, cesar en el pago de las reparaciones, suspender el de sus deudas comerciales, rearmarse, abandonar la Sociedad de Naciones, tirando las puertas, tratar de absorber a Austria. Por lo contrario, en todos los países sin exceptuar aquellos en los que la germanofilia estaba difundida, la opinión pública se ha pronunciado con fuerza contra las iniciativas de los hitleristas en el dominio de la conciencia de la fe, de la moral y de la raza. El antisemitismo, la manía del arrianismo, las chanzas sobre el Antiguo Testamento, el racismo, el neopaganismo, el anticristianismo, los litigios con la Iglesia Católica y con el protestantismo, finalmente, han dañado más a la Alemania en el universo que todas las amenazas políticas contenidas en la revolución hitleriana y en el hipernacionalismo de sus dirigentes.
